

greso, depurándolos y ratificándolos por medio de una sancion legal.

Si algunos, sin embargo, cerrando los ojos á la evidencia, persistiesen en pedir al Imperio ó el ciego restablecimiento de las cosas del pasado, ó su destruccion brutal, no tardarian en convencerse de que la moderacion no escluye la firmeza en un gobierno resuelto á adoptar por única regla de conducta la medida exacta de lo que exige el verdadero interes general.

No llegarán allá las cosas; tenemos la persuasion íntima de ello. El peso de la opinion, prontamente adherida al nuevo gobierno por la confianza en sus intenciones, bastará para imponer silencio á las pretensiones inmoderadas que desde luego pudieran surgir. Pero, llegado el caso, importa que se sepa que el gefe del Estado se halla resuelto á hacer respetar de todos los partidos indistintamente, el programa de transaccion que les haya trazado. La energía que tenga que desplegar á este respecto, no deberá ahorrarle menos las maquinaciones ocultas que las rebeliones abiertas. Dejar seguir la turbacion en los ánimos, es una debilidad muy poco menos peligrosa que tolerar la perturbacion violenta de la paz pública. El gobierno, guardian tutelar de esta, debe desde sus primeros pasos, hacer á un lado cuanto pueda comprometerla, por medio de la conciliacion si esto es posible, ó por medio del rigor si llega á ser necesario.

VI.

El trabajo de fusion que trayendo la buena armonía entre las clases todas, debe al mismo tiempo asegurar la calma moral y la tranquilidad material del país, marchará,

necesariamente al par con la reorganizacion general á que se consagrará sin dilacion el Imperio.

Uno de los errores que han causado la desdicha de México, ha sido creer que la marcha toda de una nacion está subordinada á la solucion de tal ó cual cuestion especial, y que mientras dicha cuestion se halla pendiente debe absorber por completo la vida pública. El nuevo régimen demostrará lo contrario, llevando adelante la solucion de las dificultades políticas del momento y la inmediata formacion de las bases permanentes en que trata de asentar el edificio del porvenir. Con ello librará al espíritu público de una agitacion estéril para lanzarlo á una actividad fecunda, lo sustraerá al imperio esclusivo que han ejercido en él las pasiones ó las preocupaciones de partido, para orillarlas á la obra del progreso práctico; por último, restablecerá en su conjunto el mecanismo social, á fin de que las ruedas todas recobren en él con su lugar y objeto normales la perdida costumbre de funcionar de acuerdo. Este es el medio mas sencillo y al mismo tiempo mas seguro de que todo vuelva insensiblemente al orden, y de restablecer un movimiento general que arrastre consigo todos los obstáculos secundarios.

La situacion en que el Imperio halla á México es debida, en efecto, casi esclusivamente á la confusion establecida entre los elementos constitutivos del gobierno. En vez de la accion regular y colectiva que deben ejercer el Clero, la Magistratura y el Ejército bajo la direccion y vigilancia del Ejecutivo, estos poderes habian llegado á un estado permanente de antagonismo en que cada cual procuraba la supremacía para sí solo. Así es cómo se daba vueltas en un círculo vicioso, de donde habia llegado á ser imposible salir, siendo impotente el partido victorioso del día, cualquiera que fuese, á restablecer el equilibrio político roto por la misma victoria.

El Imperio va á hacer volver á cada uno de los grandes cuerpos del Estado á la esfera que le pertenece; á trazarle de nuevo los olvidados límites de ella, y á garantizarle su inviolabilidad en compensacion. A ninguno será ya permitido invadir el dominio de otro ó procurar dominarlo; pero cada cual sabrá que es señor absoluto en el círculo de sus atribuciones; si pierden la probabilidad de estenderse, no correrán ya el peligro de verse apocados. Asegurada así su independencia recíproca bajo la mano del gefe del Estado, hará de ellos lo que deben ser; los guardianes de la Religion, de la Ley y del Orden y los protectores unidos de la comunidad.

Para conseguir que cada cual recobre el rango y el papel que le son propios, no es necesario tocar de modo sensible alguno á la gerarquía existente ó á las prerogativas legítimas de los unos ó de los otros. Los que pudieran haber concebido temores á este respecto, se sorprenderán, por el contrario, al reconocer cuánto gana un poder en prestigio, dignidad, influencia y libertad de accion limitándose al dominio que le pertenece, y cómo la cooperacion que entonces presta á la obra comun del gobierno le realza á los ojos de la nacion.

La autoridad que se ejerce y el respeto que se obtiene en virtud de los derechos propios, crecen en razon directa del respeto que se muestra á los derechos y la autoridad de los demas.

Volver á poner en práctica y en estima esta gran máxima en la cumbre de la sociedad es de importancia tanto mas urgente, cuanto que no solo debe contribuir á facilitar la pronta reorganizacion del gobierno. Así como la anarquía de las ideas ha provenido de arriba, es de arriba de donde debe partir el ejemplo de la vuelta á las sanas tradiciones. Desde el momento en que las masas vean á los ministros de la Religion, á los representantes de la Ley y

á los agentes de la Fuerza respetarse mutuamente y ayudarse entre sí en vez de combatirse, la obra de la moralizacion pública, que espanta hoy á tantos ánimos rectos, se hallará casi espontáneamente consumada. El bien, por mas que se diga, es contagioso como el mal.

De la vuelta mas ó menos rápida de las clases gobernantes al sentimiento respectivo de sus derechos y deberes, dependerá igualmente el desarrollo de la libertad política. Mientras el gefe del Estado tenga derecho de sospechar que la antigua levadura de agitaciones ambiciosas subsiste aún, hasta se pondria en pugna con la mision que viene á desempeñar, despojándose en proporcion demasiado grande de la iniciativa personal necesaria á un mismo tiempo para hacer el bien é impedir el mal. Cualquiera que sea su deseo de devolver por completo á la nacion la vigilancia de sus destinos, preciso le será establecer prudente gradacion en las instituciones constitucionales que trae al país. Abrir desde luego y sin límites la arena de los debates parlamentarios, por ejemplo, importaria lo mismo que mantener en los hombres acostumbrados á esplotar en provecho propio las sobrecitaciones todas, la esperanza de que aun durase tal vez su reinado. Ahora bien; precisamente la conviccion contraria es lo que se trata de inculcarles, no dejando á su alcance ni tentacion ni medio de volver á sus perniciosas intrigas.

No es esto decir que el nuevo régimen deba hacer aguardar á México la restitution de los privilegios de una representacion nacional hasta el dia en que haya dado la última mano á su obra. No podria darla todo su desarrollo y solidez cabal sino con la colaboracion y el apoyo del pueblo. Está, de consiguiente, mas interesado que nadie en convocar al pueblo á su rededor, en la persona de sus diputados, y no dejará de hacerlo, ciertamente, tan luego como haya pasado la primera emocion pública inseparable de un

cambio tan grande. Pero todo el mundo comprenderá que sería ilusorio haber puesto fin á la anarquía exterior si se debiese complacientemente abrir el recinto de un congreso á las pasiones y los rencores que por tan largo tiempo han constituido su alimento. No solo no podría resultar legislación alguna eficaz de la demasiado brusca aproximación de esos irreconciliables antagonismos; sino que cualquiera discusión, fuese cual fuera el tema, se convertiría para ellos en ocasión de volver á empezar la antigua lucha en nuevo terreno. Entorpecerían así á cada paso la marcha del gobierno en vez de secundarla; y esto de un modo tanto más irremediable, cuanto que las trabas provendrían menos de una idea de razonada oposición, que del incesante despertamiento de los antiguos odios, de las antiguas preocupaciones y de los antiguos hábitos batalladores, sobre todo.

Un periodo de reserva y de educación preliminar, por decirlo así, es, pues, doblemente indispensable. Las masas necesitan aprender á manejar el arma electoral por sí mismas y en el sentido de su propio bien; los grupos políticos que hasta aquí han agitado al país sin gobernarlo, necesitan olvidar los procedimientos del pasado. Preciso es, ante todo, dar tiempo á la nación de que comprenda la diferencia que hay entre las grandes frases y las grandes cosas; fortalecer su buen sentido contra las seducciones de la palabra; ponerla en aptitud de discernir claramente lo que hablar quiere decir, antes de destruir definitivamente las barreras que el reposo público exige se pongan á la tribuna al mismo tiempo de levantarla.

El Imperio no pretende realizar el sueño imposible de un gobierno sin oposición. Acaso no lo querría, aun cuando lo pudiese, porque la oposición no es temible sino para los débiles y los tímidos; viniendo, por el contrario, á ser un guía precioso y hasta un punto de apoyo para los poderes

perspicaces y fuertes. Lo que cede, corre riesgo de hacer caer, en tanto que lo que resiste sostiene. Pero esto es á condición de que se trate de adversarios que tengan por sí mismos conciencia de lo que quieren ó no quieren, y que no procuren cerrar el camino por el solo gusto de hacerlo impracticable para todos. A aquellos púdeseles dejar en todo tiempo la libertad de la palabra y de la pluma; si hacen uso de ellas para combatir ciertos actos ó tendencias, será de buena fe y con la mira de ilustrar, no de destruir. No podría suceder lo mismo respecto de los malvados ó los incapaces, quienes no empuñarían las armas de doble filo de la publicidad sino para herir á diestra y siniestra, con razón ó sin ella.

El programa político que las circunstancias trazan al nuevo régimen, tiene á este respecto, grandes analogías con el que Napoleón III ha realizado tan admirablemente en Francia. Resúmese en tres puntos: tomar á la masa misma de la nación por base y punto de apoyo; reorganizar y clasificar las fuerzas gobernantes en sus esferas respectivas para concentrar en seguida sus esfuerzos en una acción común; reservar al soberano una amplia iniciativa, dándole por contrapeso cuerda y graduado la extensión de las libertades públicas y de las prerogativas populares.

En otros términos: cada poder en su lugar y en su latitud normal, deberá contribuir con su parte de fuerza, de acción ó de censura á ese gran todo que se llama el gobierno, y cuya más imperiosa condición de existencia estriba en no permitir á nadie el que constituya un Estado en el Estado.

La elección de los hombres destinados á secundar al nuevo soberano en esta grande obra, tendrá necesariamente importancia considerable. La cualidad esencial que haya que exigirles, será menos la eminencia del talento que la rectitud de intenciones y una elevada probidad. En cuan-

to á los antecedentes políticos, nada tienen ya que ver en un orden de cosas cuya principal divisa es un cabal rompimiento con el pasado. Bueno es, con todo, que no coja de nuevo lo que pudiéramos llamar equivocaciones de personas. La opinion debe estar sobre aviso para no juzgar precipitadamente de la significacion que parezca tener tal ó cual parte del séquito imperial. Solo despues de haber estudiado por sí mismo las cosas y á los hombres podrá el gefe del Estado, con pleno conocimiento de causa, elegir á los auxiliares de su difícil mision. Las gentes honradas le irán en ayuda, saliendo de la demasiadamente larga abstension en que se han atrincherado respecto de los negocios públicos, para llevarle su cooperacion. Deber es este de todo buen ciudadano, y no podrá ya desviar de él ni dispensar de cumplirlo en lo sucesivo, el temor de afiliarse en un partido dado. Trátase de ayudar á la regeneracion nacional, á la rehabilitacion del país en el exterior, y al desarrollo de su prosperidad en el interior. Tarea nueva es esta y que exige la cooperacion de hombres nuevos.

VII.

De ninguna manera convendria que la frase de "clases gobernantes," empleada varias veces en las precedentes páginas, se interpretara como implicando alguna idea de distincion aristocrática. Es una simple designacion colectiva bajo la cual hemos querido abrazar el conjunto de los cuerpos constituidos que en toda organizacion política, sea monárquica ó sea republicana, concurren á la administracion del país. En el mismo interes de su autoridad, los miembros que los componen deben necesariamente ocupar

un rango aparte en la escala social; pero solo en razon y en la medida de las funciones que ejercen, y no en virtud de privilegio alguno especialmente conferido, semejante á los que distinguen á la aristocracia nobiliaria. En cuanto á esta, no habria razon de preocuparse con la idea de que pueda venir á entronizarse en México á la sombra de la nueva forma que va á tomar el gobierno.

Tal forma, ya lo hemos dicho, trae consigo todo lo que es contrario á la vuelta hácia las cosas de otro tiempo.

El Imperio no es ya la República, es cierto; pero, si es el advenimiento de un principio dinástico, es tambien el de otro principio cuyo monopolio ha reclamado largo tiempo la República, sin saber ponerlo en práctica; es el advenimiento de la democracia, en el sentido intrínseco de la palabra: el gobierno por el pueblo y para el pueblo.

Esta verdad brillará en todo su esplendor desde el punto en que los estudios preliminares indispensables permitan al nuevo soberano abordar las medidas de progreso práctico.

Estas medidas tienen que recorrer un campo de tal modo vasto, que reformar tantos abusos y que reemplazar tantas cosas existentes por las que deben existir; tienen tanto que destruir y que crear, que no se debe creer que hayan de ser improvisadas como por medio de un cambio de decoracion teatral. Para que produzcan todos sus frutos se necesita darles tiempo de que maduren. Pero desde su primer desarrollo se reconocerá cuán eminentemente democrático y nacional es el sello que están destinadas á llevar.

La República ha dejado al país una administracion de justicia casi ilusoria, aun para el rico, á causa de sus complicaciones, lentitudes é incertidumbres; y absolutamente nula para el pobre, á causa de lo alto de su precio.

El Imperio pondrá al alcance de todos la facultad de

recurrir á la ley, simplificando á un tiempo mismo la ley y los procedimientos; determinando de un modo exacto la jurisdiccion respectiva de los tribunales; asegurando á sus decisiones las garantías de imparcialidad y durable autoridad que hoy les faltan; creando esa magistratura auxiliar, accesible á toda hora y sin costo, que ha llegado á ser en Francia una verdadera Providencia para las masas, siempre ciertas de hallar en ella justicia inmediata, paternal y gratuita.

La República, exclusivamente preocupada del cuidado de buscar al erario los recursos mas fácilmente realizables para los gobernantes del dia, habia sacrificado á esta consideracion los principios todos de la sana economía política.

El Imperio sustituirá á ese régimen de expedientes ruinosos un sistema hacendario, cuyas amplias y sólidas bases permitirán levantar de nuevo rápidamente el caido edificio del crédito público.

La República no ha sabido sino improvisar á la aventura impuestos del momento, siempre mal calculados, onerosos en su mayor parte sin ser formalmente productivos, y muy á menudo arbitrarios, ó arbitrariamente repartidos.

El Imperio reemplazará ese caos fiscal con un conjunto de contribuciones regulares, equitativamente distribuidas, fijadas una vez por todas y equilibradas de manera que puedan crear al erario una renta regular, sin constituir para nadie una carga injusta.

La República habia descuidado sacar provecho de los ejemplos tan elocuentes dados en los últimos años por casi todos los paises europeos en materia de emancipacion comercial. La necesidad de estraer incesantemente de las cajas de la aduana, habia hecho olvidar que los derechos impuestos al tráfico deben tener antes que nada en cuenta el interes de la masa de los consumidores, cuerdamente combinado con el de la produccion indígena.

El Imperio atraerá á sus verdaderos principios á toda aquella parte de la administracion pública á que en el fondo se ligan las cuestiones mas vitales para la prosperidad de un país. Adoptando por regla fundamental el desarrollo gradual de la libertad de las transacciones, destruirá por medio de una prudente transicion las barreras que se han opuesto á ella hasta aquí, tanto en el interior como en el exterior; de modo que con el tiempo realice aquel grande axioma social, resúmen práctico de todas las conquistas democráticas de nuestro siglo: la mayor suma de bienestar posible para el mayor número y al menor costo que sea dable.

La República, por la perpetua inconstancia de sus instituciones y gobiernos, habia hecho poco á poco desaparecer cuanto debe servir de base á una comunidad bien organizada. La ausencia de toda garantía de estabilidad en los puestos públicos y muy frecuentemente hasta respecto de la existencia particular, habia hecho perder á los ciudadanos la aficion á esas carreras modestamente laboriosas que tienden al buen éxito por medio de la perseverancia y hallan en la consideracion general una compensacion de los favores que puede negarles la fortuna.

El Imperio despertará el sentido moral de la nacion y multiplicará sus fuerzas activas restableciendo la supremacía del trabajo paciente y concienzudo respecto de la vida aventurera, enseñándole de nuevo á preferir las satisfacciones del cumplimiento del deber, al dinero mal adquirido; y ligando á los servicios hechos á la cosa pública la recompensa de una existencia honorable y asegurada.

La República, por último, habia llegado á centralizarlo todo en manos de un pequeño grupo de privilegiados. El manejo de negocios y capitales, el aprovechamiento de los recursos industriales y comerciales del pais, la explotacion del trabajo, habíanse convertido, como el gobierno mismo, en patrimonio casi exclusivo de un reducido círculo de hom-

bres más hábiles ó favorecidos que los demas. Las masas parecían haber perdido hasta la idea de la posibilidad de tomar parte en los beneficios de la producción y de la riqueza general.

El Imperio las llamará á la participación que les pertenece en la explotación y el desarrollo de la fortuna nacional. Con la confianza, devolverá á cada uno su iniciativa individual, y con ésta el sentimiento de su valor y dignidad.

Todas estas transformaciones, repetimos que no se consumarán de la noche á la mañana. Hay transiciones que evitar, elementos que reunir, derechos adquiridos que respetar, preocupaciones que vencer y hábitos contrarios de larga fecha á que sobreponerse. Podrá suceder que se tropiece con algunas resistencias irreflexivas procedentes de la desconfianza que lo desconocido inspira á los ánimos acostumbrados por una amarga experiencia á ver con inquietud las innovaciones. Puédese, por último, hallar un obstáculo momentáneo en la esfera privilegiada de que hablábamos hace poco, y que no sin recelo verá poner fin á la especie de monopolio que á la larga habíase establecido en favor suyo.

Pero la obra que acabamos de bosquejar á grandes trazos es de aquellas que en sí mismas llevan un poder innato á que nada resiste. Una vez vencidas las primeras dificultades, tomará vuelo é irá por su propia fuerza desarrollándose con creciente rapidez. Todos reconocerán los beneficios que les acarrea, y los mismos que con mayor vacilación la hayan acogido, sea por ignorancia ó por interés mal entendido, se unirán al esfuerzo común para acelerar el buen resultado.

En el triunfo de esta democracia práctica, en efecto, todo el mundo tiene que ganar, escepto una minoría ínfima de malos ciudadanos que deberán quedar hechos á un lado en el aislamiento y la impotencia.

VIII.

Este bosquejo exigiría un desarrollo que no está en nuestra mano darle. Aparte de que nos habría faltado tiempo, habría sido preciso entrar en consideraciones y discusiones de detalle que traspasan con mucho los límites de un simple opúsculo de circunstancias.

Tal como aparece, confiamos en haber resumido en él de un modo suficiente por el momento, los rasgos generales del programa del Imperio, según nosotros lo comprendemos. Tantos temores y esperanzas confusos se agitan en torno de la aurora del nuevo orden de cosas, que una exposición, aun imperfecta, de su verdadero significado, nos ha parecido que podría no ser inútil. Aun cuando no hayamos logrado otra cosa que disipar ciertos errores, quedará llenado nuestro objeto.

El Imperio, según nuestra convicción, trae motivos de confianza á todo el mundo; motivos de temor para nadie.

El olvido de lo pasado, la reconciliación general y sincera de los partidos; tal es el punto de partida.

La organización de un gobierno estable, apoyándose á un mismo tiempo en la Religión, la Ley y la Nación; hé aquí el medio de acción.

La transformación moral y material del país por medio de una serie de reformas extensivas á todos los ramos de la administración y de la economía política, constituye el fin propuesto.

La Democracia en el Imperio; hé aquí, por último, el santo y la seña.

Con esta cuádruple palanca, con la Francia por punto de apoyo, con el genio de Napoleon III por auxiliar, no hay decadencia que no pueda ser detenida ni ruinas imposibles de reedificar. Ahora bien; no obstante sus largas conmociones, México posee recursos de vitalidad que deben hacer comparativamente fácil la obra de su salvacion, por poco que la nacion tenga confianza en sí misma y en el soberano que viene á dirigirla hácia sus nuevos destinos.

Desde ahora, por lo demas, se puede vislumbrar la posicion que le reserva el porvenir si sabe penetrar en él resueltamente siguiendo las huellas de su guia. Apenas se puede decir que esté fundado el Imperio, y su prestigio naciente ha bastado ya para levantar la posicion hacendaria y política del país en el exterior.

¿Quién por otra parte, puede decir que no haya algo de providencial en la coincidencia que pone á México en la via de una regeneracion cuya esperanza le parecia apenas lícita, precisamente á la hora misma en que la grande Union americana se derrumba al choque de la guerra civil?

¿Quién conoce la parte que el Imperio mexicano pueda estar llamado á recoger en la herencia de aquella colosal prosperidad que constituia la admiracion del mundo y que demasiado probablemente los Estados-Unidos han dejado escapar sin remision?

A los que pudieran acusarnos de evocar sueños irrealizables, responderemos mostrándoles la Francia de 1864 al lado de la Francia de 1851. Verán allí lo que pueden hacer unos cuantos años bien empleados en la vida de una nacion.



